

09-11

Martín del Rosario



Capítulo 1

Londres, 01 de noviembre de 2003.

A los señores Svensson, de mi consideración:

Es bueno que, ante todo, sepan que los he estafado. Claro que esto nada tiene que ver con la casa en sí. Como lo habrán notado, el estado de la misma es inmejorable. Es cierto que quizá el jardín trasero necesite alguna refracción y una buena mantención, pero en poco tiempo podrían dejarlo como nuevo. Seguramente tuvieron en cuenta el perfecto estado de todos los demás ambientes, y por ello habrán pensado que el precio de la vivienda fue una auténtica ganga. Pero permítanme decirles que toda ganga tiene su lado oscuro, y que todo lo barato, tarde o temprano, termina saliendo caro. Cuando se contactaron a principios de año conmigo, vi en ustedes el escape perfecto del infierno en que se había convertido mi vida. Imagino sus caras de confusión en este punto inicial del relato, pero les aseguro que todo tiene sentido. Verán, la realidad es que omití ciertos detalles al momento de la venta. Detalles para nada irrelevantes. Detalles que, de haber revelado, jamás hubiese podido deshacerme de aquel negativo karma de cemento. No estoy contradiciéndome a lo dicho en las primeras líneas; la casa no es el problema principal, sino la zona en donde se ubica.

A simple vista, ese recóndito pueblucho de la isla de Saaremaa parece ser el lugar más pacífico e inocente del globo. La primera vez que pisé esas tierras fue a comienzos del 2002. Mi desembarco en el aeropuerto de Kuressaare fue completamente inesperado, y por entonces simbolizaba una bendición. Mi rutinaria vida en la capital británica nunca había sido ostentosa, sino todo lo contrario. Oriundos de los suburbios de Slough, precisamente del precario barrio Chalvey, con mi madre nos mudamos a Londres cuando yo estaba a punto de terminar el secundario. Restaba apenas un año y medio, pero la emergencia económica era insostenible. Ella siempre fue empleada doméstica, y el trabajo había comenzado a decaer con la llegada de los noventa. De mi padre no tengo recuerdos, ya que nos dejó a nuestra merced cuando apenas había sobrevivido mi primer invierno. En la gran capital mi madre consiguió un empleo a jornada completa en un hotel del distrito de Hammersmith, ubicado en el municipio de Hammersmith y Fulham. Así, la economía familiar mejoró, pero no lo suficiente como para vivir dándonos lujos. Al finalizar el secundario en The Fulham Boys School, no fui tan afortunado como para seguir alguna carrera universitaria. Un McDonald's ubicado en la estación de Hammersmith fue mi primera experiencia postescolar, de un interminable número de comercios de mano de obra barata que siguió. A principios de 2001, una mañana de febrero, mi madre se despertó con un fuerte sangrado vaginal. Me lo confesó días más tarde, por la incomodidad

que genera hablar de aquello con un hijo. Una consulta médica era algo casi inabarcable para nuestro presupuesto, pero como el sangrado no cedió al pasar una semana, tuvimos que afrontar esa inversión. Llegado junio, ella ya no estaba más junto a mí. El cáncer de cuello uterino le absorbió la vida ferozmente. Había quedado completamente solo. Viéndomelas por mi cuenta y casi sin dinero encima, conseguí un empleo un poco más remunerativo como cadete en una agencia de viajes. Aun así la paga era pésima y los horarios infinitos. Mi empleador era un sujeto de inmenso intelecto pero con muy pocas moscas. Seguía mi desempeño laboral con una lupa y cada error acarreaba un sermón. No obstante, era más de lo que podía aspirar a conseguir. Fue una época muy difícil.

Quizá me haya ido por las ramas, pero qué más da, quizá logre entretenerlos un rato con mis desventuras. Teniendo en cuenta la delicada situación económica en que me encontraba, no fue muy difícil para mí aceptar la oferta que se presentó en forma de sobre color madera filtrándose por debajo de mi puerta una buena tarde (o no tan buena), mientras aturdía mi esófago con un café barato y buscaba ofertas laborales. El sobre era muy fino y había sido escrito con una letra muy prolija. La tipografía rezaba: «Atte. Sr. Joe Lovecraft». No indicaban la dirección ni ningún otro dato. Al abrirlo, dejé al desnudo frente a mis ojos una carta mecanografiada —parecía estar diseñada a la antigua, con una máquina de escribir— en inglés. La misma estaba dirigida, obviamente, hacia mí, desde «Kodu ja Svludlick SA». No conocía esa compañía en absoluto, por lo que mi curiosidad aumentó sustancialmente. Me gustaría hacer una transcripción literal de la carta, pero no dispongo de la misma y, además, sería en vano. Básicamente y en pocas palabras, a través de la misma me contactaban desde Svludlick, un pequeño pueblo ubicado a 52 kilómetros de Kuressaare, capital de Saaremaa, Estonia. Intuí entonces a qué podía deberse la cuestión, pero claro que nunca imaginé tal resolución. Se trataba de mi padre, era lógico, a quien como ya mencioné nunca conocí pero sabía acerca de su procedencia estonia. Sé que estuvo viviendo en Londres un tiempo y que cuando huyó como un cobarde regresó hacia sus tierras. No tenía gran interés en conocerlo, no después de su traición.

Continué leyendo la carta. En ella me comunicaban que él había muerto, y que la sucesión quedaba a mi cargo. Dadas mis condiciones, dudé sólo por unos breves segundos y decidí responder el mensaje. Quizá podía sacar alguna tajada del tema.

No brindaban datos de contacto, sólo habían dejado su dirección física y un mapa. Me encontraba tan interesado que ni siquiera reparé en las posibilidades de que algo pudiera salir mal; estaba dispuesto a todo, ingenuamente convencido de que nada podía ser peor de como estaba en aquel entonces. Analicé cómo llegar en el menor tiempo posible. Empaqué las pocas posesiones que tenía y las dejé en un rincón hasta haber sacado

el boleto.

Al cabo de dos días ya estaba todo listo, había obtenido la documentación para el viaje y aguardaba el avión que me guiaría hacia la tierra de mis ancestros. Un pueblo alejado, una vida nueva. Era todo lo que necesitaba. Renovar los aires y llenar mis pulmones de esperanza.

Viajé desde Gatwick hacia Tallin; luego hice una conexión rumbo a Kuressaare, capital de Saaremaa, como bien sabrán. Una vez allí, tomé el primer bus que me acercó a Svludlick. A mi lado, un gentil señor que regresaba de una rápida visita a Argentina, donde radicaba su hija, se puso a conversar conmigo. Aproveché para mencionarle acerca de la empresa que había enviado mi carta y me dijo que era la inmobiliaria más antigua del pueblo. Cuando le dije mi nombre, el señor se sorprendió enormemente y me dio un abrazo. Dijo que conocía a mi padre y que todos los locales lo tenían como un buen hombre, que yo sería recibido con gran aprecio allí. Me costó imaginar al hombre que abandonó a mi madre cuando más lo necesitó como una persona tan querible, pero decidí no amargar al pobre anciano con mi perspectiva de los hechos. En su lugar, le pedí que me siguiera contando acerca de aquel misterioso lugar, pero su modo de expresarse no era muy detallado. Sólo se abocó a hablarme positivamente de de la ciudad y sus habitantes, su gastronomía y demás. No me sirvió de mucho para hacerme una idea exacta pero lo acepté y esperé a que el recorrido llegara a su fin.

Los viejos molinos se alzaban a ambos lados de la carretera, como una postal de alguna ciudad rural de los años '20. Metros más adelante, un añejo y descascarado cartel daba la bienvenida a la ciudad: Tere tulemast Svludlick! El transporte se detuvo quinientos metros después de traspasar el cartel de la ciudad. Siguiendo por el camino en que venía, las casitas comenzaban a erigirse a menos de medio kilómetro de distancia. Enfrente de la precaria terminal se hallaba una pequeña gasolinera. Pocos fuimos los que descendimos en Svludlick, y por lo general la gente se aisló enseguida, incluyendo a aquel viejo simpaticón que había viajado al país austral de Latinoamérica. Decidí entonces cruzar hacia el otro lado del pavimento e ingresar en la gasolinera. Allí, un joven delgado y de tez pálida se hallaba detrás de un mostrador dentro de la austera cafetería del lugar.

—¿Hablás inglés? —pregunté.

—Claro, no perfectamente, pero bien manejar —dijo el joven muchacho.

—Entonces entré en el lugar indicado. Necesito tu ayuda para encontrar esta dirección. —Saqué el mapa que habían adjuntado a la carta, donde marcaron la ubicación de la inmobiliaria con un punto rojo.

—Tomar primera calle a la izquierda y seguir derecho dos cuadras. Edificio grande, fácil de ver.

Agradecí, entre risas, la ayuda de aquel muchacho. Luego salí del lugar y tomé la primera calle a la izquierda. El joven estaba en lo cierto: el edificio era, posiblemente, uno de los más grandes, secundando al ayuntamiento. Albergaba oficinas de la inmobiliaria y de una agencia de turismo. Al ingresar, una atractiva recepcionista me recibió con una amable pero enigmática sonrisa. Algo en su rostro resonaba extrañeza, como si detrás de esa coraza de alegría escondiera un oscuro secreto. Sin embargo, lo más probable era que mi imaginación había alzado vuelo. Tras presentarme, ella me derivó hacia una de las oficinas, esta vez con un inglés perfecto.

—Tras el fallecimiento de su padre y al no haber dejado testamento alguno —me informaba un agente inmobiliario—, con el aval de la legislación de la República de Estonia, Üyeville ahora es de su propiedad.

—¿Üyeville? —pregunté, confuso.

—Claro. Aquí en Svludlick las propiedades tienen nombre. Es un legado que nos llega de antaño, cuando ciertas castas escandinavas poblaron la isla y se asentaron, sobre todo, en nuestro querido pueblo.

El giro de los acontecimientos en mi vida se dio de forma completamente inesperada, como cuando uno tiene una planta repleta de pimpollos y una buena mañana, al despertarse, descubre que la misma se halla repleta de flores. Esa mutación inesperada, repentina, como la de una oruga convirtiéndose en una colorida mariposa monarca, en aquel entonces representaba un hecho completamente positivo para mí. Estaba dispuesto a comenzar un nuevo ciclo en mi vida, y no dudaba que sería el mejor de ellos.

Con Üyeville fue amor a primera vista. Ustedes sabrán, es una casa muy pintoresca. Su estilo me remontaba a los coloridos hogares hallados en las afueras de Oslo, en esos paraísos naturales nórdicos. Así, Svludlick lucía como una auténtica alternativa para renacer en un nuevo horizonte, donde la vida sería más agraciada y aquellos momentos amargos se convertirían apenas en recuerdos; recuerdos de otra vida.

Los primeros meses de estancia confirmaban mi premonición. Sin duda, el viento corría a favor. Había conseguido un puesto como ayudante de Johan, aquel escuálido joven de la gasolinera. La paga no era gran cosa, pero el empleo me servía de sobremanera para aprender el idioma. Sin embargo, el salario era útil para vivir. Los impuestos eran sustancialmente más bajos que en Inglaterra, así como el nivel de vida en todos sus

aspectos. No es que me daba el gusto de ahorrar dinero, pero vivía cómodamente. El trabajo en sí era tranquilo, aunque había días que se formaba una larga cola de automóviles para repostar, como si todo el pueblo se pusiera de acuerdo en ir a cargar al mismo tiempo. De todas maneras, se manejaba una máxima de respeto inquebrantable. No se oían bocinazos ni insultos ni nada por el estilo.

—La gente de pueblo —me comentaba Johan, en estonio, idioma que ya comenzaba a incorporar— es el yang de la gente que vive en grandes ciudades. Aquí todas las personas son humildes y de buen corazón. En cambio, en las grandes urbes te tratan como mierda.

Claro, a simple vista tenía toda la razón del mundo. En aquel sitio la gente era amable, por demás solidaria y vivía de una forma relajada y pacífica, imposible de encontrar en una gran ciudad. Pero, parafraseando a mi amigo, todo yang tiene su yin, y créanme si les digo que Svludlick no escapa a esta regla.

La señora Ölsen era mi vecina más próxima. Si aún sigue de este lado, calculo que seguramente sea la suya también. Si tal es el caso, sabrán que se trata de una viejita de lo más agradable. Viuda y sin hijos, vive (o vivía) sola en el pueblo. Solía traerme cada mediodía una ración de su almuerzo. Manjares de todo tipo cocinaba, e incluso llegué a aumentar algunos kilos siendo su vecino. Cada mediodía que se acercaba a dejarme la comida, nos quedábamos un tiempo considerable hablando. Yo aprovechaba para comer bien y escuchar historias interesantes de todo tipo: me contaba cómo era la vida antes y cómo había cambiado ahora; cómo había conocido a su marido, allí en el pueblo, en el verano del '58; su afición por la música country; la muerte de Regnald, su marido, en el otoño del 2000; su visión política del mundo. Se abarcaban todos estos temas, siendo yo en casi toda la conversación un perfecto oyente. No por falta de interés, sino todo lo contrario.

Así como Laia Ölsen englobaba todos aquellos valores que un gran ser humano debe tener, todos los demás habitantes seguían la misma línea. Sin embargo, aunque muy profundamente y casi de manera imperceptible, todos ellos poseían un lado oscuro. Era como si el Hacedor de Almas en aquel lugar se hubiese encargado de administrar un fetichismo oculto en espíritus aparentemente incorruptos.

Una vez a la semana, generalmente los sábados, me dedicaba a explorar un lugar nuevo del pueblo, por lo que puedo afirmar que la costa de la isla es más pacífica en el lado oeste. Una tarde, me encontré en el puerto tratando de pescar algo para que Johan y yo cocináramos en su acogedor

hogar. Nos quedamos alrededor de una hora y media, naufragando en un sinfín de banalidades y degustando el sabroso sabor de la carne picada estonia, ya que la pesca no había dado frutos. Inmerso en aquel ambiente de comodidad, me fue casi imposible escuchar el impacto que precedió a un grito de ayuda. Johan dirigió su mirada y guió la mía hacia una antigua fuente, quizá la más honda que un humano jamás haya construido, con su metro ochenta de profundidad, que se erigía en una florida plazoleta frente a la casa de mi amigo. Una mujer joven, de no más de veinte años, se encontraba flotando a duras penas. Agitaba los brazos y las piernas desesperadamente pero no lograba mantenerse a flote. Cada dos segundos terminaba dándole un trago largo al agua, y asaltada por la desesperación iba perdiendo el control cada vez más.

Mientras buscaba ayuda, Johan se lanzó en su rescate. Al momento que estuvo por alcanzarla, oí a la joven gritar algo como: «¡Ayúdame Luscious!». Recién días más tarde recordaría esa frase.

Afortunadamente, todo salió. La joven pudo aferrarse de Johan, quien gracias a su importante estatura pudo rescatarla con facilidad. Cuando salieron, arrojamos a la chica y le dimos de beber algo para que se recuperara. Mi admiración hacia mi buen amigo Johan ese día era inefable.

—Ya se podría decir que sos el héroe del pueblo —le bromeé—. Podrían hacerte una estatua o darte la llave del lugar.

—No creo ser un héroe, pero soy joven. Quizá algún día pueda llegar a serlo —dijo, entre risas.

Nos quedamos en silencio disfrutando el momento. De saber que duraría poco, lo habría apreciado más. Pero la noche terminó y Johan se fue dormir mientras que yo regresé caminando a mi hogar. En el camino, pasé frente a la casa de la señora Ölsen. Las luces seguían encendidas, por lo que asumí que estaría viendo alguno de sus programas preferidos en televisión y decidí no molestarla.

Una semana antes fue cuando me enteré de la celebración. Edvin Böhl había pasado por la cafetería, como cualquier otro día rutinario y calmo en la isla. Parecía estar de un humor estupendo, aún mejor que el usual, el cual aumentaba su grado de sana locura.

—Escuché que los preparativos para el nueve de noviembre estarán a cargo de Helena Cofman nuevamente. Teniendo en cuenta sus antecedentes, me parece la mejor elección —dijo Edvin, quien captó mi semblante confuso y agregó—: Claro, a medida que me pongo más viejo más idiota me vuelvo... ¡pero si es tu primer nueve de noviembre! Seguro

pensaste que finalmente perdí la cordura. Pero no, hombre. Espero que el ratón en mi cabeza siga girando unos años más, aunque mi mujer diga que ya estoy a un paso de la senilidad. Cada nueve de noviembre en el pueblo celebramos el día de los santos fundadores. Nadie sabe con exactitud en qué año se fundó Svludlick, pero se tiene conocimiento de que fue en tiempos remotos, antes del nacimiento del supuesto Cristo. En dicha jornada nos reunimos todos en la plaza principal, la inexorable Plaza Francia. Ahí se lleva a cabo la premiación seguida del banquete. Este año vamos a sumar tu nombre a la urna, Joe. Sentite bendecido.

—Y lo mejor es que no se trabaja —añadió Johan, riendo.

—Entonces, ¡bienvenido sea! —dije, bromeando—. Por cierto, ¿es una especie de sorteo? ¿Qué obtiene el ganador?

—Es más que eso —repuso el señor Böhl—. Es una elección divina. Una invitación a reinar con los inmortales. Los nombres de los ganadores se eximen dentro de la capilla del Eterno Luscious.

Luego de su réplica, Edvin se despidió, dejándonos nuevamente en soledad. La curiosidad se había disparado en mi fuero interno. No había entendido con exactitud el beneficio que se llevaba el ganador del sorteo, pero de todas formas estaba dispuesto a dejar que el pueblo me sorprendiera.

Mientras los nativos de Svludlick hacían sus preparativos, Johan y yo nos abocamos a nuestro trabajo. La jornada había sido engorrosa pero mi amigo estaba lleno de vigor y vitalidad, lo cual resultó ser increíblemente contagioso para mí y pudimos terminar sin problemas. Luego de eso, nos trasladamos a la Plaza Francia, donde ayudamos a nuestros vecinos con aquello que se necesitara. Colocamos decorados en los árboles, grandes guirnaldas de color verde y escarlata, que representaban al enigmático Luscious. Otras actividades incluyeron la colocación de mesas increíblemente largas, sillas, y un escenario donde se llevaría a cabo el sorteo. En el tiempo que estuvimos, aproveché y le pedí a Johan que me hablara de aquella deidad en la que ellos creían.

—Es el verdadero protector de todo —explicó—. Las demás religiones ocultaron su procedencia para enriquecerse a través de historias y conceptos que ellos pudieran utilizar a su conveniencia. En consecuencia, nosotros somos los únicos creyentes restantes.

La curiosidad se había sembrado en mí y deseaba conocer un poco más acerca de esta olvidada omnipotencia, por lo que pregunté un poco más.

—Tiene historias, como todo dios —continuó—. El Big Bang fue su parto, él nació junto con el Universo. Su madre es mencionada en los textos como “La del nombre olvidado”, ya que presuntamente no sobrevivió

luego de dar a luz a Luscius, quien continuó el legado de su madre protegiendo al cosmos y la vida que existe en él, manteniendo el equilibrio de toda la existencia y de todo lo esencial que la precede.

Se pasó no menos de dos horas contándome historias épicas de enfrentamientos entre Luscius y seres de otros mundos y dimensiones. Hablaba con una intensidad y pasión tales que deseabas volverte un creyente. Ahora lo soy, pero no por amor, sino por un sentimiento más profundo y punzante... el temor.

Al día siguiente, el nueve de noviembre, me desperté con entusiasmo. Desde temprano, cuando salí a la calle, las personas estaban ya reunidas, preparando un enorme desayuno para todo el pueblo. Hubo juegos, charlas, barbacoas y demás. Un ambiente que nunca había conocido cuando estaba junto a mi madre. Saber que mi padre disfrutaba de esta vida mientras nosotros padecíamos hambre me hizo odiarlo aún un poco más.

El día se mantuvo bastante monótono pero para nada aburrido. Seguimos comiendo y hablando durante horas, hasta que me movilizó la curiosidad por conocer el interior de la capilla. Jamás había estado en su interior, puesto que no soy precisamente lo que se considera un hombre de fe. Escoltado por los hermanos Joolander y mi buen amigo Johan, me aventuré hacia el interior de aquella modesta construcción blanquecina. En su interior, reinaba un silencio sepulcral. La oscuridad se veía apenas perturbada por diminutos halos que desprendían algunos antiguos candelabros amurados a las paredes. Un indeseable olor a humedad persistía en el ambiente, que junto a las penumbras le daban un aire cavernario al sitio. Sobre los muros descansaban inmensos cuadros que desde la lejanía eran sólo sombras levitando en las tinieblas. Al acercarme pude ver alguno de ellos, sin llegar a captar los detalles con nitidez. Todos parecían regirse bajo la misma matriz: el fuego. Algunos eran más perturbadores, en los que el artista plasmó imágenes de corderos degollados e incluso de humanos hirviendo en las llamas de una inmensa hoguera. Avanzando por el pasillo entre los bancos de madera se hallaba el altar, que sutilmente resplandecía más que el resto de los recovecos. Ninguna cruz con un hombre inerte reposaba en el centro. En lugar de esto, se alzaba una escultura de mármol evidentemente añeja contorneando la figura de un ser de aspecto para nada amigable. La figura ilustrada en un libro de mitología que había leído décadas atrás se disparó en mi mente. No era exactamente igual al minotauro, pero aquellos cuernos, esa cabeza de macho cabrío me remitía a él. Aunque es cierto que, contrariamente a aquel mítico ser, si bien de igual forma era bípedo, del torso de éste se desprendían tres extremidades de cada lado. «Rey Luscius, dador de misericordia», rezaba una placa dorada de gran tamaño debajo de los pies de la deidad, escrito en estonio. Sin embargo,

aquella espeluznante criatura parecía estar desposeída de misericordia. Al dirigir mi vista hacia la cúpula, me pareció que la misma estaba adornada por huesos humanos. La iluminación no era la mejor y había que escarbar entre las penumbras, pero esforzándome pude comenzar a distinguir los cráneos. Fue entonces cuando los altoparlantes comenzaron a rechinar, y la voz de Helena resonó en el parque convocando a todos. La ceremonia estaba a punto de comenzar.

Finalmente, la noche abrió paso al verdadero evento. Helena alzó el micrófono e invitó a Georg Felberg al escenario. En sus manos, la anfitriona tenía una modesta urna de metal con extraños símbolos tallados, los cuales desde mi posición eran imposibles de distinguir. Vigorosamente, la señora Cofman comenzó a sacudir el recipiente. Georg introdujo su mano en el interior del mismo y, con asombro y una especie de retorcido orgullo, exclamó a los presentes:

—¡Johan Fit!

El rostro de mi amigo, quien se encontraba a mi derecha entre la multitud, resplandeció repentinamente, dibujándose sobre el mismo una sonrisa demencial. Se lo notaba excitado, sorprendido y, sobre todo, feliz.

—Fue un placer haberte conocido —me dijo, palmeándome el hombro—. Me eligió a mí, ¿entendés? ¡Me eligió a mí! —Y adquiriendo un mayor grado de cinismo, concluyó—: ¡Ahí voy, creador! ¡Ahí voy, glorioso Luscious!

Para entonces ya no comprendía nada. Toda esa amable gente, que un buen día me recibió y me dio una nueva oportunidad, parecía haberse vuelto loca. Johan se alejó de la muchedumbre varios metros, dirigiéndose hacia uno de los viejos robles que adornaban el parque. Un letrero clavado a la derecha del árbol indicaba, en idioma de los nativos: «Roble de la ascensión». La escena entera captó mi total atención, y lo que vi me dejó estupefacto: un banco y una soga que caía desde una de las ramas más fibrosas. Mis ojos recorrieron el trayecto del banco a la soga una y otra vez, queriendo admitir que en verdad aquello no estaba ahí. De pronto todo se reproducía en cámara lenta. Los sonidos habían perdido los agudos, llegando a mis oídos en tonos graves. Las piernas me flaqueaban y un calor infernal hervía mi rostro. Comencé a marearme y a perder el rumbo de los sucesos, pero al cabo de unos segundos pude reponerme. Entonces todo volvió a normalizarse, recobrando la velocidad natural, así como los sonidos sus agudos. Y fue casi sin darme cuenta. Fue cuestión de suspiros, fueron algunos latidos galopantes del corazón, y luego el cuerpo de Johan colgaba inerte del ancestral roble.

Inefable es el horror que me invadió. Me veía incapacitado de salir corriendo, por lo que decidí recobrar las fuerzas para huir, aprovechando que nadie se fijaba en mí sino que el protagonista del espectáculo era mi amigo. Georg descolgó su cuerpo y lo llevó a la larga mesa de madera que se hallaba a la izquierda del árbol. Los habitantes de Svludlick estaban exaltados. Pude ver el éxtasis en el semblante de la señora Ölsen, quien había mutado de una tierna viejecita a un ser de inigualable cinismo. Al tener el cuerpo de Johan reposando sobre la madera, Georg lo desnudó. Luego, con una afilada cuchilla de carnicero, comenzó a cercenar su piel.

—¿Qué? —grité, aterrado—. ¿Qué hace? ¿Qué carajo está haciendo?

—Es hora de alimentarnos. Es hora de bendecir nuestras almas con su carne sagrada —me dijo Kalev Joolander al escuchar mis gritos, con esa sonrisa desquiciada tatuada en su rostro, como en el de todos los demás.

Comprendí entonces que se devorarían a Johan. También comprendí cómo había muerto mi padre el año anterior, y todas aquellas personas cuyos nombres adornan esa capilla del demonio. Todo estaba más que claro: Luscious había elegido a Johan, por lo que la carne de mi amigo estaba bendecida por el supuesto creador e iba a ser servida a los habitantes a modo de comunión.

No había recobrado las fuerzas pero al ver que todos se acercaban a la mesa supe que era el momento perfecto para que mi escape fuese inadvertido. Corrí, no sin tambalearme, hasta llegar a Üyeville. En pocos minutos empaqué sólo lo indispensable y me escapé del desértico pueblo para nunca más volver.

Estos detalles fueron obviados al momento de la venta. Seguramente podrán comprender que, de haberlos revelado, jamás me hubiese deshecho de aquella casa. Pueden creerme u optar que enloquecí, eso se los dejo a ustedes. Por mi parte espero que escojan la decisión correcta. No vaya a ser que alguno de ustedes tenga el honor de ser elegido por el eterno Luscious y su nombre se sume a la placa de los iluminados adornando la capilla de la plaza central, por los siglos de los siglos.

Sin más, los saludo atentamente.

Joe Lovecraft.